

tradicional que impide á la reacción echar profundas raíces en las almas. Verdad es que la reacción ha tomado la forma de una conversión al catolicismo. Y esto no es, como dice M. Renan, porque el catolicismo sea la más religiosa de las religiones (1). ¿Cómo un culto exterior impuesto por la autoridad podría penetrar en los pliegues del alma donde se forman las fuertes creencias? Nada más natural, nada más fatal que la forma católica que ha revestido la reacción religiosa; es la ley de toda reacción. Cuando en política se retrocede hasta la Edad Media, ¿cómo no se había de retroceder hasta ella en religión? Sólo que la vida no se halla en las tumbas, se encuentra en la conciencia progresiva de la humanidad. En ella se verifica un trabajo latente de renovación religiosa que tiene más porvenir que la reacción católica. Si en ésta no hubiese más que el retorno á la religión tradicional, el espectáculo sería desesperante, puesto que no habría en él más que ilusión, fingimiento ó hipocresía; pero dichosamente hay otra cosa, y en el seno del cristianismo protestante, unido á la filosofía, es donde descubriremos los gérmenes del porvenir.

Hemos invocado la filosofía. También en ese campo nos encontramos con adversarios, y en apariencia, con enemigos más terribles que en el cam-

(1) RENAN, *Estudios sobre la historia religiosa*, Prefacio, página XIX.

po opuesto. Los católicos mantienen alta y firme la bandera de la religión; podría decirse que exageran su importancia, si en ello fuese posible la exageración. Pero hay una doctrina del todo contraria que ya se manifestó en el último siglo y que Voltaire ha combatido con todas sus fuerzas, el materialismo ateo (a). Esa doctrina reaparece en nuestros días bajo mil formas, que todas tienden á la incredulidad absoluta y sistemática, todas excluyen la idea religiosa como una quimera. Preciso es detenernos ante este aspecto del movimiento social, que si infunde tristeza, no debe causar desesperación. La esencia de las creencias religiosas sobrevivirá á esos ataques. Lo que resultará de la crisis en que la humanidad está empeñada no será ni el catolicismo ni el ateísmo, sino un cristianismo interpretado por la filosofía, es decir, conciliado con la razón, en lugar del cristianismo tradicional que la impugna y la condena. Ese cristianismo razonable, como le llama Locke, será aceptado por los incrédulos del día, porque lo que éstos rechazan no es el cristianismo ni la verdadera religión, es la superstición y la tiranía intelectual, su inseparable compañera.

(a) El afecto del autor á Voltaire le hace cambiar aquí los papeles. El que combatió con todas sus fuerzas el materialismo ateo no fué Voltaire, fué Rousseau. Y lo digno de advertencia es que Voltaire se creía combatido en su doctrina por Rousseau, y de ahí su profunda inquina, su odio implacable contra él. El volterianismo es mal fundador de creencias.—(N. del T.)

## CAPITULO II

### LA INCREDELIDAD

#### § I. — Los hechos.

##### N.º 1.— *La incredulidad.*

Si hemos de creer á los apologistas del cristianismo tradicional, la incredulidad es hija de la Reforma: es ésta, dicen, la que engendró la filosofía, en pos de la cual ha venido el materialismo del siglo XVIII. De antemano hemos respondido á esa alteración de la historia: la incredulidad no data de los tiempos modernos; la hemos encontrado en la Edad Media (1), y se puede afirmar que existió desde el día que el hombre se atrevió á pensar libremente sobre los misterios cristianos. No es verdad que la Revolución del siglo XVI haya sido la causa de la impiedad; al contrario, los reformadores avivaron el sentimiento religioso. El paganismo, del cual se quejan tantos ortodoxos en nuestros días, se entronizaba durante el siglo XV en la silla de San Pedro: los cardenales desdeñaban la Sagrada Escritura, y los dioses del Olimpo amenazaban volver á ocupar el lugar de Jesucristo. La Reforma fué la que salvó al cristianismo, é hizo una guerra cruda á los libertinos, pero sin poder destruir la libertad de pensar.

La oposición al cristianismo ortodoxo, ya sea

(1) Véase mi *Estudio sobre la Reforma*.

protestante, ya católico, continúa, y toma un carácter grave y sistemático entre los deístas ingleses. Los filósofos franceses la difundieron por las clases ilustradas de la Europa entera. Ya hemos dicho en un estudio especial cuál fué el movimiento filosófico del último siglo (1): era mucho más hostil á la religión cristiana que el deísmo; los deístas se llamaban cristianos, mientras que los filósofos tomaron á su cargo destruir el cristianismo; los hubo que fueron más lejos y que predicaron abiertamente el materialismo, haciendo la guerra á toda idea religiosa. La Revolución hizo desbordar todas las malas pasiones, y hubo durante ella saturnales de impiedad. Sin embargo, los hombres del 89 y los mismos del 93 no eran ateos ni materialistas, como no lo eran los ilustres escritores que los inspiraban, Rousseau y Voltaire. La Revolución tenía la pretensión de inaugurar una nueva era para la humanidad, así en la esfera de la religión como en la de la política (2). La Revolución fra-

(1) Véase mi *Estudio sobre la filosofía del siglo XVIII*.

(2) Véase mi *Estudio sobre la Revolución francesa*, parte décimacuarta.

casó, y su impotencia, no menos que sus excesos, produjeron la reacción cuya historia escribimos.

La incredulidad ha sobrevivido á la Revolución francesa y á la reacción. Nos hallamos en pleno catolicismo, y la devoción estaba á la orden del día cuando Lamennais exhaló sus lamentos de angustia: "No es el siglo más enfermo aquel que se apasiona por el error, sino el que desdeña y se muestra indiferente á la verdad. Allí donde se advierten violentos transportes hay todavía fuerza, y por consiguiente, esperanza; pero cuando todo movimiento ha cesado, cuando el pulso ha dejado de latir y el frío va llegando al corazón, ¿qué se puede esperar entonces más que una próxima é inevitable disolución? En vano sería quererlo disimular: la sociedad en Europa avanza rápidamente hacia ese término fatal; los sordos ruidos que se oyen en su seno, las sacudidas que la conmueven no son el síntoma más alarmante que ofrece al observador; el más grave es esa indiferencia letárgica en que la vemos caer; ¿quién la sacará de esa profunda postración? ¿Quién infundirá la vida en sus huesos ya rígidos?" (1).

¿Cuál es el gran crimen que la nación reprocha al gobierno de la restauración? El haber sido católica. La prensa liberal no tuvo nunca mayor poder; ¿y cuál era su grito de guerra? El partido sacerdotal, *los jesuitas*. Se dice que Voltaire ha sido el rey del siglo XVIII, y conocido es su grito de guerra: *Aplastad la infame*. Pues bien, el rey del siglo XVIII ha tenido un sucesor en el XIX, Beranger; es más popular todavía que Voltaire. Los católicos le llaman un cancionero; sí, pero un cancionero de genio. ¿Y quién no sabe lo que pueden en Francia las canciones? Beranger cantaba el odio al catolicismo y al clero, y sus canciones tuvieron un efecto terrible. No es esto decir que la Revolución de 1830 fuese debida á Beranger; pero lo cierto es que fué provocada por las pasiones anticatólicas de las cuales era órgano el poeta. Y ¡cosa notable! la Revolución de Julio fué la más generosa, la más caballeresca de las revoluciones; los únicos excesos á que se dejó arrastrar fueron inspirados por el odio al catolicismo: el saqueo del palacio arzobispal y de San Germán de Auxerrois, las cruces de las iglesias echadas abajo y los in-

(1) LAMENNAIS, *Ensayo sobre la indiferencia en materia de religión*, t. I, Introducción, p. 9 (edición Pagnerre).

sultos al clero, que se vió obligado á disfrazarse. Hé aquí un signo de los tiempos que debe hacer temblar á los partidarios de lo pasado. Voltaire se limitaba á predicar su incredulidad á las que llamaba personas decentes, á la aristocracia de la inteligencia, y dejaba buenamente sus creencias á la que en su orgullo llamaba la canalla. Y hé aquí que la canalla se muestra no menos hostil al cristianismo que las clases ilustradas, porque no fueron las personas de guante blanco las que derribaron las cruces en 1830.

Durante el gobierno de Julio, la incredulidad continuó propagándose en las clases obreras; los escritores católicos hablan de ello con horror. En 1845, M. de Champagny escribía: "El movimiento volteriano no ha terminado; su obra detestable tiene aún que hacer su efecto en las clases inferiores, y el mal va ganando terreno en las poblaciones inferiores, y, sobre todo, en las rurales; la llaga sangra y está abierta... Las iglesias se despueblan, disminuye el número de las comuniones, y más de una vez, abandonado un pastor, ha tenido que orar solo en su iglesia por toda una población que no asiste al templo. De ahí los vacíos del santuario, forzosamente llamado á reclutarse en gran parte entre los habitantes de los campos; y faltan los sacerdotes, y aun cuando la tarea disminuya, por desgracia, apenas hay clero bastante para llenarla." (1).

La revolución de 1848 amenazó destruir la religión con la sociedad: buena prueba de cuán extrañas habían venido á ser las clases inferiores á todo sentimiento cristiano. En el 93 era todavía tan poderosa la idea de religión, que los demoletores más exagerados reemplazaban al buen Dios con la diosa Razón, y se les vió después celebrar fiestas en honor del Ser Supremo. Después de 1830 hubo también ensayos de nuevos cultos, y los discípulos de Saint-Simón y de Fourier se pusieron á predicar á su manera la buena nueva. Los socialistas del 48 no tenían ya ni una sombra de sentimiento religioso. Si es verdad que quisieron hacer de Jesucristo uno de sus precursores, fué envileciendo esa gran figura hasta el punto de transformar al doctor de la pobreza en repartidor de bienes. Los más francos repudiaron abiertamente toda

(1) *La Iglesia y sus adversarios en 1825 y en 1845*, por F. DE CRAMPAGNY, en *El Correspondiente*, t. IX, p. 9.

idea religiosa, y hasta la noción misma de Dios. Proudhon proclamó en la tribuna que Dios era el mal y la propiedad era el robo. El golpe de Estado del 52 puso fin á esa embriaguez de locura, pero no fué más que en los clubs y en los periódicos. La propaganda se continúa en las sociedades secretas, y el primer artículo de sus manifiestos es *supresión del culto y de la familia*.

La reacción religiosa atrajo á los iglesias gran número de incrédulos; pero la mayor parte de ellos no fueron arrastrados más que por el cálculo y la hipocresía. Más vale la impiedad franca y abierta. No todos los incrédulos se han puesto la máscara de la fe; la indiferencia y la incredulidad persisten enfrente de la reacción religiosa, y nunca ha sido más agresiva ni más absoluta la oposición contra el cristianismo tradicional. De todos los campos sale un clamor para deplorar la gravedad del mal. Los escritores católicos gustan de hacer constar la decadencia del protestantismo, y los protestantes la confiesan, descubriendo la llaga los más celosos, á fin de curarla; dicen que las clases inferiores desertan de los templos, bien sea por degradación moral ó por la preocupación exclusiva de las necesidades materiales. En las clases superiores, los unos desdeñan el cristianismo como inconciliable con el desarrollo intelectual; y los que conservan el sentimiento religioso, se apartan de una Iglesia que no responde ya á sus sentimientos ni á sus ideas (1).

No os apresuréis demasiado, dice á los católicos el abate Meignan, á regocijarse por las dificultades del protestantismo. El abate francés no participa de aquella alegría, ni ve aquella confianza en la victoria; cree naturalmente que el protestantismo sucumbirá en su lucha contra la incredulidad; pero se pregunta á sí mismo si los vencidos se pasarán al campo de los católicos ó al de los incrédulos. ¿Qué ganará la religión cuando la fe en lo sobrenatural se haya extinguido en Inglaterra, en Alemania y en la Francia protestante? El espectáculo de la sociedad católica en 1864 arranca al abate Meignan un grito de dolor, ó por lo menos de alarma; ve que la crisis religiosa se agrava, que los escándalos se multiplican, y llega hasta decir que la segunda mitad del siglo XIX volverá

á presenciar los excesos de doctrina que señalaron el final del XVIII. ¿Para qué ha servido entonces la reacción religiosa? Jamás ha sido nadie tan fieramente escéptico y anticristiano como lo son ciertos escritores de estos tiempos. Y lo que más affige al abate francés es el estado casi general de los ánimos; la fe de los cristianos se abate, se dobla y se rompe al menor viento. El éxito inaudito de la *Vida de Jesús*, por Renan, es un signo de los tiempos. Ese libro es una mala novela, dice el abate, y, sin embargo, esa ficción de una cabeza enferma ha hecho sucumbir á inteligencias que se creían fuertes, á cabezas encanecidas por efecto de serios trabajos. Hé aquí una fe tan débil que llega al desmayo (1).

El testimonio del abate Meignan no es único; en todo el mundo católico no se oye más que un clamor general respecto á la decadencia del catolicismo, ó mejor dicho, á la extinción de todo sentimiento religioso. Se lamentaban, bajo la restauración, de la indiferencia en materias religiosas. Desde entonces acá, dice el padre Gratry, hemos dado un paso más en la decadencia intelectual, y hoy podemos lamentarnos de la indiferencia en toda materia razonable. Hay gentes que se asustan de la razón y temen que amenace á la fe... Que se desengañen; lo que nos amenaza, hélo aquí; Bossuet lo prodió, y la predicción está á punto de cumplirse: "No hay ya razón, dijo, ni cosa alguna elevada; todo es cuerpo, todo es sentido, todo está embrutecido y enteramente por tierra." (2).

El reinado de la materia es el reinado del mundo sin Dios. Oigamos á un filósofo tan partidario de la religión como de la filosofía: "Nuestro tiempo, dice M. Remusat, vuelve á la incredulidad absoluta, y aquel que rehabilitase aunque no fuera más que el deísmo vendría aún muy oportunamente." Y más adelante añade: "Se ha acentuado y extendido muchísimo, bajo diversos puntos y bajo diversas formas, un movimiento en favor de lo que es necesario llamar brutalmente el ateísmo." (3). Este es el clamor de todos los que dan importancia á la religión. El pastor Naville cuenta que, siendo aún joven, leyó una pieza en verso que

(1) El abate MEIGNAN, *La crisis protestante* (véase *El Correspondiente*, t. LXI, p. 653 y siguientes).

(2) El P. GRATRY, *del Conocimiento de Dios*, t. I, p. 1 y 2.

(3) REMUSAT, *Filosofía religiosa*, p. 97, 101.

comenzaba así: "Nuestros corazones se angustian, movidos de una piadosa tristeza, al pensar que el antiguo Jehová se prepara á morir." Así nos dicen que se muere Dios ó que ya está muerto. El poeta alemán quería consagrar algunas lágrimas á los funerales del Eterno. Y esto no es una botarada. Heine era realmente el órgano de una tendencia del espíritu moderno. Hombres influyentes, escuelas famosas, proclaman, de concierto, que el tiempo de la religión ha terminado, y no solamente del cristianismo, sino de la religión bajo todas sus formas. De este modo, en adelante no habrá ya Dios para la humanidad. ¿No tiene razón Naville en decir que esas fuertes doctrinas son mil veces más amenazadoras para la humanidad que las revoluciones y las guerras, que las pestes y los crímenes? (1).

M. Remusat dice que aquel que predicase nada más que el deísmo haría todavía una cosa excelente. Ya Leibnitz exclamaba: "¡Pluguiera á Dios que todo el mundo fuese deísta!," Sin embargo, hasta en nuestros días, los ortodoxos repudiaban á los deístas y rechazaban hasta á los protestantes como enemigos; el abismo entreabierto bajo sus pies les ha traído á mejores sentimientos. No hay signo más siniestro del estado de las creencias que el llamamiento dirigido en la cátedra de Nuestra Señora á los no creyentes por un orador católico; dejemos la palabra al padre Jacinto: "Me dirijo á mis auxiliares, no diré todavía á mis compañeros de almas, y me acordaré del antiguo Israel, de aquellos días en que Judas Macabeo y sus hermanos no creían faltar á la alianza del Señor enviando á Esparta y á Roma embajadores á la vez que admirados, orgullosos de su alianza con naciones que no eran la suya. Yo, que he de defender también á Israel y al templo, me dirigiré á naciones que no son la mía, volveré mi vista al seno del protestantismo cristiano y aun al del deísmo sincero y les diré: Vosotros sois mis auxiliares; ¡ah! sin duda alguna no puedo olvidar lo que nos separa; hay un abismo entre vosotros y yo, está la Iglesia. Pero tampoco puedo olvidar lo que nos reúne. ¿Acaso no creéis en el Cristo como creo yo? Y si no creéis en el Cristo, ¿acaso no dobláis la rodilla de vuestra alma, como dice San Pablo, ante el Dios vivo y personal? Yo no miro ya el abismo que

existe entre nosotros; os tiendo mi mano amiga y os agradezco el servicio que vais á prestarme aquí, allí, en todas partes, cuando yo defienda la moral religiosa," (1).

#### N.º 2. — El ateísmo.

En 1844, los discípulos de Coasin se reunieron para publicar un *Diccionario de las ciencias filosóficas*, y en el prefacio decían: "El ateísmo ha desaparecido casi por completo de la filosofía, y los progresos de una sana psicología harán para siempre imposible su regreso." Por ese mismo tiempo Enrique Heine reproducía en prosa francesa lo que había cantado en versos alemanes el 21 de Enero del deísmo. "Nuestro corazón está lleno de un estremecimiento de compasión..., porque el viejo Jehová mismo se prepara á la muerte. Le hemos conocido tan bien desde su cuna en Egipto, donde fué educado entre los bueyes y los cocodrilos divinos, las cebollas, los ibis y los gatos sagrados... Le hemos oído decir adiós á los compañeros de su infancia, y después en Palestina llegar á ser un pequeño Dios, rey entre un pobre pueblo de pastores... Le vimos más tarde en contacto con la civilización asiro-babilonia; entonces renunció á sus pasiones, demasiado humanas, se abstuvo de vomitar cólera y venganza, y al menos ya no tronó por la menor bagatela... Le vimos emigrar á Roma, la capital del mundo, donde abjuró toda especie de preocupaciones nacionales, y proclamó la igualdad celeste de todos los pueblos; hizo allí con muy bellas frases la oposición al viejo Júpiter, y tanto intrigó, que llegó al poder, gobernando desde lo alto del Capitolio la ciudad y el mundo... Le hemos visto purificarse y espiritualizarse aún más, llegar á ser paternal, misericordioso, bienhechor del género humano... ¡Nada ha podido salvarle!... ¿No oís tocar la campanilla? ¡De rodillas!... Se administran los Sacramentos á un Dios que se muere," (2).

El poeta alemán fué profeta y vió más claro que los filósofos franceses; érale fácil el predecir el porvenir, porque el porvenir se realizaba ya en el presente. El materialismo práctico dominaba casi

(1) Sermón del P. JACINTO, acerca de la moral independiente (*El Diario histórico*, t. XXXII, p. 535 y siguientes).

(2) HENR. HEINE, de la Alemania después de Lutero.

(1) ERNESTO NAVILLE, *El Padre Celestial*, p. 1 y 2.

por todas partes sin distinción de países católicos ó protestantes. Era sin duda alguna un gran mal, porque preparaba los ánimos á la apostasia; pero el mal se hizo mayor cuando el hecho fué transformado en doctrina. Porque, en definitiva, es el pensamiento el que gobierna al mundo, y realmente hay lugar á temer por los destinos del género humano cuando los hombres de inteligencia desertan del espiritualismo y rebajan la naturaleza humana haciendo desaparecer á Dios.

¿Quién es el culpable? Los católicos acusan á la filosofía hegeliana. Cierto es que el jefe de la escuela, á pesar de su aparente respeto al cristianismo, no tenía en gran estima al Dios de los judíos, transformado después en el Dios de los cristianos. Lo que éstos, lo que los mismos librepensadores admiran como una perfección divina, Hegel lo desdeña casi como una realidad vulgar; es la misma apreciación de Heine bajo una forma filosófica. Pero apresurémonos á decir que de eso á una predicación de ateísmo hay gran distancia. Hegel no es ateo, es panteísta; hasta pretendía conciliar su doctrina con el dogma cristiano, lo cual ha extraviado á una fracción de sus discípulos. La derecha hegeliana continúa afiliada al cristianismo, mientras que la izquierda le rechaza abiertamente; y rechazando el cristianismo, rechaza al mismo tiempo las bases fundamentales de toda creencia religiosa, el Dios personal y la inmortalidad del alma. La filosofía estaba en la pendiente del ateísmo y se dejó llevar. Feuerbach conservó todavía una especie de religión, la humanidad; otros, más lógicos, proclamaron que cada cual era para sí mismo su Dios. Nunca está el hombre más cerca de su caída que cuando quiere elevarse hasta la divinidad y ocupar su puesto.

M. Renan dice, hablando de la nueva escuela hegeliana, que es imposible á un Alemán el ser ateo, porque la religión ó la aspiración al mundo ideal constituye el fondo de su misma naturaleza (1). Nosotros también creemos que ese fuego sagrado arde en el alma de Feuerbach; por eso fué tratado de mojonero por los reclutas de la filosofía, como un teólogo alemán llama á los Bruno Bauer y compañía (2). Pero ¿es cierto que el ateísmo sea incompatible con el genio alemán? M. Renan ha

sido mal profeta. En la actualidad existe una escuela de groseros materialistas en la patria de Kant y de Leibnitz, y no ocultan su bandera cubriéndola con oscuras formas, sino que la arbolan hasta en el título de sus obras; al frente de un pequeño volumen, del que en poco tiempo se han hecho siete ediciones y acaba de traducirse al francés, se leen estas palabras: *Fuerza y materia* (1). El materialismo se ostenta en toda su desnudez con una singular complacencia, y el autor muestra un soberbio desdén á los estudios filosóficos que han hecho la gloria de la Alemania.

Esas funestas doctrinas penetran en las masas y hasta en las capas más bajas de la sociedad. A la vista tenemos una memoria dirigida en 1845 al consejo de Estado de Neuchatel sobre la propaganda secreta que se hacía en Suiza entre los Alemanes, especialmente en los clubs de la joven Alemania. El fin á que aspiraban los directores era una reforma social; ¡los desgraciados querían levantar una sociedad nueva sobre el ateísmo! Uno de esos revolucionarios de baja estofa dice "que la fe en un Dios vivo y personal es el origen y la causa fundamental de nuestro miserable estado social." Hé aquí las consecuencias prácticas que él saca de su teoría: "La idea de Dios es la clave del arco de nuestra civilización ya oxidada; destruyámosla. El verdadero camino de la libertad, de la igualdad y de la felicidad es el ateísmo. No hay salud en la tierra mientras que el hombre esté atado al cielo, aunque sea por un hilo... Que nada entrase en adelante la espontaneidad del espíritu humano. Enseñemos al hombre que no hay más Dios que él mismo, que es el Alpha y la Omega de todas las cosas, el Ser superior y la realidad más real."

¡Dios nos libre de esa espontaneidad libre de toda traba! Sería la inmortalidad predicada por Enrique Heine, exabrupto de imaginación tomado en serio por los apetitos groseros de las clases inferiores. "Grandes vicios, crímenes sangrientos y colosales;" ese era el anhelo del poeta hastiado de la virtud burguesa y de la moral especiera. ¡Ah! ignoraba él que su anhelo había de verse realizado! La Francia del 93 había presenciado grandes vicios y crímenes colosales; ¿por ventura ganaron algo con ellos la libertad, la igualdad y la dicha? Verdad es que la Convención decretó que la Fran-

(1) RENAN, *Estudios de historia religiosa*, p. 417 y siguientes.

(2) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuesten Theologie*, p. 207.

(1) BÜCHNER, *Fuerza y Materia*.